



ÁREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES (ISSN 1886-6530)

www.area3.org.es

Nº 18 – Invierno 2014



Alberto Carraro

Pedagogia istituzionale e gruppi
Contro la fabbrica della dipendenza

Armando editore, Roma 2014

Alberto Carraro, profesor de latín y de literatura italiana en la enseñanza secundaria de su país (liceo) nos transmite en este libro su experiencia de muchos años en el empeño de pensar, y realizar, la docencia desde un esquema de referencia que conoce muy bien: la Concepción Operativa de Grupo.

Así, el sujeto de la enseñanza es el grupo (la clase vista como grupo), la tarea es el aprendizaje de la materia de estudio, y el profesor es quien, desde un lugar descentrado, observa la relación que el grupo mantiene con su tarea, y desde ese lugar ayuda a conocer y superar los obstáculos que el grupo encuentra en su trabajo: esta es su función.

El grupo se constituye desde el encuadre –explicitado el primer día de clase- como sujeto del aprendizaje, el docente es el coordinador y la tarea aprender... la materia de estudio, pero también y al mismo tiempo: aprender a pensar. El fin de la enseñanza es *hacer que los estudiantes sean conscientes de sus propios recursos, situándoles en condiciones de servirse de ellos*.

La pedagogía tradicional es una fábrica de dependencia, dice Alberto, por lo que nos propone pensar una pedagogía alternativa, crítica, clínica... porque enseñar es algo que tiene que ver con la prevención, y aprender algo que requiere la movilización del mundo interno

de quien aprende. *La pedagogía tradicional insiste poco en la relación sujeto/objeto del aprendizaje, poquísmo en la relación maestro/alumno, y casi nada sobre la vinculación del grupo con la tarea.*

Desde una pedagogía social clínica, enseñar significa sobre todo *permitir aprender*. De muchas maneras a lo largo del texto apuntala Alberto esta idea, como, por ejemplo, cuando señala la diferencia entre *conocer* y *saber*: el “conocimiento” lo produce la experiencia de ir a la escuela, de encontrarse con nuevos compañeros, de convivir y comunicarse con ellos, pero es el estímulo para querer aprender, para estudiar las lecciones de cada disciplina, adoptar un método de trabajo, lo que produce “saber”. *Sin el saber, el conocimiento es menos eficaz. El saber, una vez experimentado un hecho, lo pone en relación con otros eventos y nociones, aumentando así su alcance. Es la interacción entre saber y conocimiento la que genera, en determinadas circunstancias, esos relámpagos de lucidez que son los insight...* la integración así conseguida puede llevar a la inesperada comprensión de algo nuevo. *A través de este tipo de pasajes se abre una perspectiva que favorece nuevas experiencias. (...) la obsesiva repetición del esquema (como sucede con las lecciones magistrales) lleva a confundir el saber con el conocimiento.*

El grupo-clase se transforma en un microcosmos que Alberto explora con mirada penetrante, apoyándose en los elementos conceptuales que proporciona la Concepción Operativa de Grupo: setting, distancia óptima, emergente, resistencia al cambio, proceso... la dinámica entre información, emoción y producción (Bauleo) presente en toda experiencia de aprendizaje.

Pero las reflexiones que Alberto nos propone no miran solo al interior del aula, a lo que ocurre en el grupo de alumnos, sino que se extienden a todo lo que la rodea, al contexto educativo, a las instituciones en las que se estudia y a la propia enseñanza como institución, funcional al momento histórico social en el que vivimos.

Así, la segunda parte del libro está dedicada al pensamiento de los enseñantes, a cómo se forma su identidad profesional, en torno a qué elementos se constituye. Se relata una experiencia de formación con docentes realizada con técnica operativa. El análisis de los emergentes de las sesiones grupales permite reflexionar sobre las resistencias y dificultades que ha de enfrentar cualquier intento de transformación de esa identidad profesional.

Finalmente, Alberto plantea, en torno a las preguntas ¿qué pedagogía? ¿qué organización?, los cuestiones básicas a tener en cuenta para pensar la Escuela como una institución que produzca formación, y no repetición, no fábrica de dependencia, es decir, una Escuela que se *apoye en una didáctica que enseñe la apropiación instrumental de la realidad a fin de modificarla.*

Con ello Alberto desarrolla en el campo de la pedagogía el hilo de un pensamiento contrainstitucional que siempre estuvo presente en nuestra Concepción, ya desde las experiencias pioneras de Enrique Pichon-Rivière y el surgimiento de los primeros grupos operativos. Un tipo de pensamiento que se conecta, en el mismo periodo de tiempo -años 1950/60-, con los primeros movimientos que, en Europa, tratan de pensar las instituciones

de una manera diferente a como se venían concibiendo. Es el caso en Francia de la psicoterapia institucional (Jean Oury, François Tosquelles) y de la pedagogía institucional (Fernand Oury, Georges Lapassade). Movimientos que se oponen a unas instituciones reproductoras de una ideología excluyente, marginadora, que coloca a los usuarios en posiciones donde solo cabe la repetición, anulando o reprimiendo cualquier cosa que cuestione el orden establecido -como dice Mauss, la institución como el imperio de los muertos sobre los vivos-. Frente a ello, se desarrollan, tanto en hospitales psiquiátricos como en escuelas, una serie de experiencias de ruptura con este orden, tratando de producir cambios tendentes a favorecer la participación, creando espacios para que circule la palabra, eliminando las restricciones o normas que limitan, incluso, la circulación física por los diversos espacios institucionales.

Son este tipo de experiencias las que acompañan, y, a su vez van posibilitando, cambios en la forma de entender la enfermedad, o en lo que significa enseñar, cuestiones estas que trastocan tanto la tarea institucional como los roles conocidos sea de los usuarios –los enfermos, los alumnos- como de los profesionales.

La idea es, por decirlo en una frase de Bleger, poner “la institución al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la institución”.

Federico Suárez